

Diócesis de Barbastro-Monzón

Te he amado (Ap 3, 9)



Es Dios quien ha optado por los pobres

Jesús tomó la condición de servidor (Ep 2, 7)

3

**Tercera semana de Cuaresma
2026**

Dios, amigo de los pobres

En numerosas páginas del Antiguo Testamento, Dios aparece como amigo y protector de los pobres. Él escucha sus gritos e interviene para liberarlos, tal como expresa el salmista anonadado ante la presencia de Dios: *«Señor, ¿quién como tú, que defiendes al débil del poderoso, al pobre y humilde del explotador?»* (Salmo 34). En muchas ocasiones, los profetas —Isaías, Amós, Oseas...— amonestaron al pueblo en nombre de Dios con duras palabras denunciándole las iniquidades que perpetraba con los débiles y exhortándole a renovar el culto desde la raíz con estas palabras:

«¿A mí qué tanto sacrificio vuestro? —dice Yahvéh—. Harto estoy de holocaustos de carneros y de sebo de cebones. Aunque menudeéis la plegaria, yo no la oigo. Vuestras manos están llenas de sangre: lavaos, limpiaos, quitad vuestras fechorías de delante de mi vista, desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda» (Is 1, 11 ss.)

«Así dice Yahvéh: seré inflexible. Porque venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias; pisan la cabeza de los débiles, y tuercen el camino de los humildes; hijo y padre acuden a la misma moza para profanar mi santo Nombre; sobre ropas empeñadas se acuestan junto a cualquier altar y beben en la casa de Dios el vino de los que han multado...» (Am 2, 6 ss.)

«Escuchad la palabra de Yahvéh, hijos de Israel. Tiene pleito Yahvéh con los habitantes de esta tierra, pues no hay ya fidelidad ni amor, ni conocimiento de Dios en esta tierra; sino perjurio y mentira, asesinato y robo, adulterio y violencia, sangre y más sangre. Por eso, la tierra estará en duelo, y se marchitará cuanto en ella habita» (Os 4, 1 ss).

La Sagrada Escritura manifiesta con frecuencia y contundencia la predilección de Dios por los pobres y, sobre todo, por los que son tratados injustamente por sus prójimos y, sobre todo, por los poderosos. Podría decirse que Dios siente “debilidad” por los pobres.

Esta actitud divina encuentra su plena realización en Jesús de Nazaret. En su encarnación, el Hijo de Dios “se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor, se hizo semejante a los hombres y se presentó con aspecto humano”, tal como escribió el apóstol Pablo en su carta a los Filipenses: *«Tened vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo: el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz»* (Flp 2, 5-8). En su segunda carta a los Corintios, el mismo Apóstol expuso el resultado de estos sentimientos de Cristo con esta admirable síntesis: *«Ya conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza»* (2 Co 8, 9). Esto nos lleva a fijar la atención en cómo se desarrolló la misión de Cristo entre nosotros, tal como el Papa la describe:

«Al comienzo de su ministerio público, Jesús se presenta en la sinagoga de Nazaret leyendo el libro del profeta Isaías y aplicándose a sí mismo la palabra del profeta: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres”* (Lc 4, 18: cf. Is 61, 1). Por tanto, se presenta como Aquel que viene a manifestar en el hoy de la historia la cercanía amorosa de Dios, que ante todo obra la liberación para quienes son prisioneros del mal, para los débiles y los pobres. Los signos que acompañan la predicación de Jesús son manifestación del amor y de la compasión con la que Dios mira a los enfermos, a los pobres y a los pecadores que, en virtud de su condición eran marginados por la sociedad, pero también por la religión. Abre los ojos a los ciegos, cura a los leprosos, resucita a los muertos y anuncia la buena noticia a los pobres».

Mientras meditamos y cantamos la siguiente plegaria, miremos con gratitud a Cristo, que abajándose hasta nuestra condición humana nos salva de nuestras limitaciones y nos abre el camino hacia la salvación:

*Cristo nos da la libertad,
Cristo nos da la salvación,
Cristo nos da la esperanza,
Cristo nos da el amor. (bis)*

*Cuando luche por la paz y la verdad, la encontraré.
Cuando cargue con la cruz de los demás, me salvaré.
Dame, Señor, tu palabra; oye Señor, mi oración.*

*Cuando sepa perdonar de corazón, tendré perdón;
cuando siga los caminos del amor, veré al Señor.*

Dame, Señor, tu palabra; oye Señor, mi oración.

Cuando siembre la alegría y la amistad, vendrá el amor;

cuando viva en comunión con los demás, seré de Dios.

Dame, Señor, tu palabra; oye Señor, mi oración.

(Letra y música de Carmelo Erdozain. Hay versión musical en You Tube)

La “debilidad” de Dios por los pobres

La dedicación de Cristo a los pobres y a los marginados culmina en la proclamación de que los pobres son bienaventurados: *«Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios»* (Lc 6, 20). El Papa subraya que:

«Dios muestra predilección hacia los pobres, a ellos se dirige la palabra de esperanza y de liberación del Señor y, por eso, aun en la condición de pobreza o debilidad, ya ninguno debe sentirse abandonado. Y la Iglesia, si quiere ser de Cristo, debe ser la Iglesia de las Bienaventuranzas, una Iglesia que hace espacio a los pequeños y camina pobre con los pobres, un lugar en el que los pobres tienen un sitio privilegiado. Los indigentes y enfermos, incapaces de procurarse lo necesario para vivir, se encontraban muchas veces obligados a la mendicidad. A esto se añadía el peso de la vergüenza social, alimentado por la convicción de que la enfermedad y la pobreza estuvieran vinculadas a algún pecado personal. Jesús se opuso con firmeza a ese modo de pensar, afirmando que Dios *“hace salir el sol sobre malos y buenos y hace caer la lluvia sobre*

justos e injustos” (Mt 5, 45). Entonces es claro que “de nuestra fe en Cristo hecho pobre y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad”».

Las enseñanzas del Antiguo Testamento ya habían fundido en un único mandamiento los dos preceptos fundamentales: *«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas»* (Dt 6, 5) y *«Amarás a tu prójimo como a ti mismo»* (Lv 19, 18). Preguntado por un escriba sobre cuál es el mandamiento principal (Mc 12, 29-31), Jesús no sólo reafirmó la prioridad de ambos preceptos, sino que llevó el amor al prójimo hasta el extremo al afirmar en el sermón de la montaña: *«Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogar por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial»* (Mt 5, 43-48).

Ésta es la justicia que Jesús pidió a sus discípulos, mayor que la de los escribas y fariseos. El papa León la ha concretado en las obras de misericordia al escribir en su exhortación:

«Por esta razón se recomiendan las obras de misericordia, como signo de la autenticidad del

culto que, mientras alaba a Dios, tiene la tarea de disponernos a la transformación que el Espíritu puede realizar en nosotros, para que seamos todos imagen de Cristo y de su misericordia hacia los más débiles. En este sentido, la relación con el Señor, que se expresa en el culto, pretende también liberarnos del riesgo de vivir nuestras relaciones con la lógica del cálculo y del interés, para abrirnos a la gratuidad que circula entre aquellos que se aman y que, por eso, ponen todo en común. A este respecto, Jesús aconseja: *“Cuando des un almuerzo o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos, no sea que ellos te inviten a su vez, y así tengas tu recompensa. Al contrario, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos, a los ciegos. ¡Feliz de ti, porque ellos no tienen cómo retribuirte!”* (Lc 14, 12-14).

La llamada del Señor a la misericordia para con los pobres ha encontrado una expresión plena en la gran parábola del juicio final (cf. Mt 25, 31-46), que es también una descripción gráfica de la bienaventuranza de los misericordiosos. Allí el Señor nos ofrece la clave para alcanzar nuestra plenitud, porque si buscamos esa santidad que agrada a los ojos de Dios, en este texto hallamos precisamente un protocolo sobre el cual seremos juzgados. Las palabras fuertes y claras del Evangelio deberían ser vividas sin comentario, sin elucubraciones y excusas que les quiten fuerza. El Señor nos dejó bien claro que la santidad no puede entenderse ni vivirse al margen de estas exigencias suyas».

Sigamos meditando cómo nos afectan personalmente estas enseñanzas, mientras escuchamos esta canción que nos invita a fijar nuestros ojos en las bienaventuranzas:

*Seréis bienaventurados los desprendidos de la tierra.
Seréis bienaventurados porque tendréis el Cielo.
Seréis bienaventurados los que tenéis alma sencilla.
Seréis bienaventurados, vuestra será la tierra.*

*Bienaventurados seremos, Señor,
Seremos, Señor,*

*Seréis bienaventurados porque tenéis misericordia.
Seréis bienaventurados porque seréis perdonados.
Seréis bienaventurados los que tenéis el alma limpia.
Seréis bienaventurados los que veréis a Dios.*

*(Música y letra de Emilio Vicente Mateu .
Hay versión musical en You Tube)*

Para la reflexión personal y en grupo

- ♦ ¿Cómo me afecta la “debilidad” de Dios por los pobres, que se nos ha descubierto en la oración de esta tarde?
- ♦ ¿Me siento impulsado a identificarme con los sentimientos de Cristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros?
- ♦ ¿Me libero de la lógica del cálculo y el interés para poder abrirme a la gratuidad en mis relaciones con los demás?

Guía para orar durante la Cuaresma

Para la tercera semana

Del 8 al 14 de marzo de 2026

Lectura bíblica para esta semana

Evangelio según de San Marcos, 3, 13-17: institución de los Doce.

Oraciones para esta semana

¡Señor, gracias!
Has mirado mi corazón,
has puesto en mí tu mano,
y me has mostrado el camino.

Entonces me has llamado:
“Ven aparte, ven conmigo”.

Por eso, Señor, te pido
verlo todo con tus ojos
y oírlo con tus oídos.

Y de nuevo te suplico
que me lleves a tu lado
por el camino que andamos
juntos los dos de la mano.

(John Halbert)

Señor, me asombra tu deseo
de tenerme como compañero,
de tomarme como interlocutor,
de que quieras estar conmigo.

Me asombra ser objeto de tu amor,
Pero tú me eliges y me dices
que no te soy indiferente.

(Piet Bremen)

Señor, concédeme que ame al prójimo
sin distinciones de razas y colores.

Dame mucha paciencia
para gastarla sin tasa con todos.

Ayúdame a ser comprensivo
y abrir siempre mi mano
a quien me pide auxilio.

Consuela por mi medio
a quien tiene angustia y miedo.
Alimenta por mi medio
almas y cuerpos hambrientos.
Úsame para tu gloria
y para hacerte presente.

(Ivie Bozeman)

Sólo en Dios descansa mi alma,
porque de él viene mi salvación;
sólo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré.

Descansa sólo en Dios, alma mía,
porque él es mi esperanza;
sólo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré.

De Dios viene mi salvación y mi gloria,
él es mi roca firme,
Dios es mi refugio.
Pueblo suyo, confiad en él,
desahogad ante él vuestro corazón,
que Dios es nuestro refugio.

Los hombres no son más que un sopro,
los nobles son apariencia:
todos juntos en la balanza subirían
más leves que un sopro.

No confiéis en la opresión,
no pongáis ilusiones en el robo;
y aunque crezcan vuestras riquezas,
no les deis el corazón.
Dios ha dicho una cosa,

y dos cosas que he escuchado:
«Que Dios tiene el poder
y el Señor tiene la gracia;
que tú pagas a cada uno
según sus obras».

(Salmo 61)

Se cubrieron de luto los montes
a la hora de nona.

El Señor rasgó el velo del templo
a la hora de nona.

Dieron gritos las piedras en duelo
a la hora de nona.

Y Jesús inclinó la cabeza
a la hora de nona.

Hora de gracia,
en que Dios da su paz a la tierra
por la sangre de Cristo.
Levantaron sus ojos los pueblos
a la hora de nona.

Contemplaron al que traspasaron
a la hora de nona.

Del costado manó sangre y agua
a la hora de nona.

Quien lo vio es el que da testimonio
a la hora de nona.

Hora de gracia,
en que Dios da su paz a la tierra
por la sangre de Cristo. Amén.

(Liturgia de las Horas)